



ANDREA IZQUIERDO

PRIMERA PARTE

LA CHICA DEL  
*Zodiaco*

LIBRA • ESCORPIO • SAGITARIO • CAPRICORNIO

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2022, Andrea Izquierdo

© 2022, Editorial Planeta S.A.– Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Ilustraciones del interior: © Lookatcia

Primera edición impresa en España: junio de 2022  
ISBN: 978-84-08-25891-9

Primera edición impresa en México: noviembre de 2022  
ISBN Obra Completa: 978-607-07-9474-2  
ISBN Volumen I: 978-607-07-9475-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso en México –*Printed in Mexico*

# CAPÍTULO 1

—

## EL DE LA BODA

En cuanto apoyo el zapato de tacón blanco en el suelo de la iglesia, soy consciente de que, cuando salga de ahí, mi vida nunca será la misma.

Me he estado preparando para este momento desde que la palabra «boda» salió de los labios de Carlos. En los últimos meses, he visualizado mil veces el DVD de la ceremonia en la que se casaron mis padres, que tenía una calidad tan baja que apenas se distinguía la cara de los invitados. Después, la de mi hermana y Gaston, mucho más pomposa que esta. Incluso recuerdo la de Daniela como si hubiera sido ayer. También me he cruzado con miles de vídeos en internet en los que el novio se echa a llorar en cuanto ve a la que va a convertirse en su mujer y tú lloras también, pensando que algún día te pasará algo así. Bueno, pues este es el día en el que todo eso me va a suceder a mí.

Sin embargo, a pesar de todas las emociones que las pantallas me han logrado transmitir, en cuanto pongo el pie en la iglesia me invade una sensación de terror. Un centenar de caras se giran para verme, como si fuera un objeto extraño traído de un país a miles de kilómetros de aquí. Al fin y al cabo, no es lo normal que la novia camine sola hacia el altar. Pero así es la vida, supongo. Me siento incómoda en mi propio vestido... y eso que al final lo pude elegir yo. Esos pequeños segundos que

tardo en recorrer el pasillo han supuesto meses de planificación. Casi un año. Y aquí estoy yo, aterrada, luchando contra el tic de mi ojo izquierdo. No puedo salir mal en las fotos, de modo que me lo toco con cuidado para mitigarlo. Aun así, la gente lo interpreta al revés y suspiran al creer que me estoy emocionando. Porque estoy emocionada, ¿no?

¿Lo estoy?

Durante todo este tiempo, ni siquiera me he fijado en que Carlos ya está en el altar, como manda la tradición, esperándome. Nuestras miradas se cruzan un momento y me doy cuenta de que está llorando de emoción. Se le han puesto rojas las orejas y una arruga le cruza toda la frente, como si estuviera intentando contenerse para no sollozar. Este es el momento que nos enseñan a todas las mujeres a esperar en algún punto de nuestra vida. Sonríe sin querer y me paro, preparándome para subir los tres escalones que me separan de él. La música sigue sonando y lo agradezco, porque mi tripa acaba de rugir. Ahora me arrepiento de no haber comido nada.

La ceremonia comienza y todos nos sentamos. La he ensayado tantas veces que me siento como un robot, repitiendo las frases y los movimientos que he repasado en estos últimos meses. Intento girarme en un par de ocasiones para observar a Carlos, pero las horquillas que me sujetan el velo me tiran tanto que me resulta casi imposible mover el cuello. Aun así, lo miro de reojo. Ahora que nos hemos sentado, se nota que estamos casi a la misma altura. Abre mucho los ojos, como si no quisiera perder detalle. Observo sus labios, sus facciones... Imagino a mis hijos con un perfil muy parecido al suyo. La verdad es que nunca me ha gustado el puente de su nariz, pero no me considero una persona superficial, así que no me preocupa. Lo realmente importante aquí es que sea un gran padre y que tengamos una vida feliz juntos.

Nos ponemos de pie unos instantes y luego nos volvemos a

sentar. Noto que el corazón se me acelera. Se está acercando el momento. Ya ha pasado casi media hora y sé que no falta mucho para decir *las* palabras. Ya escucho a mi madre sonarse la nariz en primera fila y me digo que Lucía estará igual.

Me imagino cómo va a cambiar mi vida a partir de ahora. Mi mente viaja hasta llegar a mi hermana Martina. Situada en la primera fila, sin saber que estoy pensando en ella ahora mismo, se encuentra a punto de llorar de emoción. Ella siempre dice que el día de su boda fue el mejor de su vida, que no lo cambiaría por nada. Ojalá, a veces, me pudiera sentir también así. Pero creo que, si me esfuerzo, lo puedo lograr. Al fin y al cabo, en eso consiste, ¿no? En las clases de preparación para la vida matrimonial que mi madre me había regalado siempre decían que el matrimonio consistía en ceder y en buscar los pequeños momentos felices.

Sin embargo, con cada día que ha pasado no he podido evitar que me asalten las dudas. ¿Cómo voy a acallar esos pensamientos si cada vez que veo a Valeria recuerdo el día que volví a casa y estaban en nuestra habitación? Entre risas y nervios, me aseguraron que estaban ultimando los preparativos de la boda y una sorpresa que me querían dar, pero la sorpresa de verdad ya me la habían dado al pillarlos de improviso. A partir de entonces, los mensajes que recibía de madrugada y los días que salía de fiesta sin subir *stories* se volvieron diferentes.

El cura nos invita a ponernos de pie y lo escucho de milagro.

¿Y si soy demasiado joven para casarme?

—Carlos Avellí, ¿quieres recibir a Anna Ferrer como esposa...

¿Y si me estoy precipitando?

—... y prometes serle fiel...

Ay, después de lo que pasó con Valeria...

—... en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad...

Me estoy mareando.

—... y, así, amarla y respetarla...

Lo va a decir. Lo va a decir ahora.

—... todos los días de tu vida?

Carlos ha estado carraspeando varias veces durante la pregunta del sacerdote para asegurarse de que no le falle la voz. Tan típico de él...

—Sí, quiero.

Un suspiro se cuele entre la multitud que tengo a mi izquierda. Vale, me toca. Es mi momento. Dos palabras y todo irá mejor. Dos palabras y mi familia estará feliz, nos compraremos una casa a las afueras de Valencia, adoptaremos a nuestros hijos y ya no seré el bicho raro entre mis amigas.

El sacerdote repite la fórmula del matrimonio, esta vez personalizada con mi nombre. De pronto, siento que pagaría todo el dinero del mundo por tener una máquina del tiempo. Lo que no sé es si iría hacia delante para ver mi futuro a su lado... o al pasado para cambiarlo todo.

Agito la cabeza levemente y trago saliva.

¿Por qué estoy pensando en esto ahora?

—¿... y, así, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

Se queda en silencio, esperando mi respuesta.

Carlos me mira con una expresión radiante. Abro la boca para culminar ese momento que tanto he ensayado y me quedo clavada. Los segundos se hacen eternos y siento que el sacerdote se mueve nervioso a mi derecha. A Carlos se le congela la sonrisa en los labios.

—Yo... no...

Trago saliva, recordando el encontronazo con Carlos y Valeria en mi propia habitación. Me llevo la mano al estómago de forma involuntaria. Siento cientos de ojos fijos en mí. Intento buscar unos que no tengan una mirada de compasión o de enfado, pero no los encuentro.

Pero ¿qué estoy haciendo?

—Necesito... —balbuceo, señalando hacia la puerta, y me agarro el vestido para bajar la escalera.

A continuación, todo sucede tan deprisa que no soy consciente de lo que está pasando. Atravieso el pasillo, sin correr, pero a una velocidad más rápida de lo que debería con la ropa que llevo. Escucho murmullos y preguntas, pero sigo mirando hacia delante, caminando directa al baño. Sé perfectamente dónde está porque me he pegado quince minutos encerrada en él antes de que empezara la ceremonia, para finalmente salir pensando en que la próxima vez que hiciera pis estaría casada. Agarro el pomo con fuerza y doy un tirón, escondiéndome en el primer sitio que veo. Pocos segundos después, la puerta se abre de nuevo.

—¡Anna! —La primera en llegar, por supuesto, es Martina. Detrás, aparece la cara de nuestra madre.

—¿Estás bien, Anna? ¿Te han entrado náuseas?

Mi hermana la mira con severidad y se acerca hacia donde estoy.

—¿Qué ha pasado? ¿Te sucede algo?

Abro la boca para explicarles que no, pero no puedo decir nada. Ni siquiera puedo llorar, y eso que me esfuerzo por soltar la rabia que llevo dentro. Me arden los ojos. Martina se sienta en el suelo, a mi lado, y me pone la mano en el hombro. Soy incapaz de articular una palabra hasta que mi madre dice que va a llamar a emergencias y suelto un grito para evitarlo.

—¡No me pasa nada! —bramo, y me pongo a llorar.

Ni siquiera sé con exactitud por qué me encuentro así, temblando y llorando en los baños de la iglesia. Pero estoy segura de que no son nervios por la ceremonia, ni estrés, ni ansiedad.

—No te preocupes, Anna. Esperamos un ratito aquí y cuando estés preparada volvemos, ¿vale?

Niego con la cabeza.

—¿Cómo que no? —pregunta mi madre, apretando los dientes—. Cariño, ahí fuera hay más de cien personas esperando a que termine todo esto para ir al banquete.

—Mamá, déjanos solas, por favor —le pide Martina. Aunque, más que una petición, es una orden.

Nuestra madre nos mira como si estuviéramos tramando algo, pero decide que lo mejor es esperar fuera hasta que se calme un poco el ambiente.

—¿Qué quieres que haga? —me pregunta Martina, una vez que mi madre abandona el servicio.

Yo la miro a los ojos, intentando decirle algo que no quiero verbalizar.

—Anna... —me suplica ella. A pesar de los kilos de maquillaje que lleva en la cara, puedo distinguir su expresión de preocupación.

¿Qué hago yo?

—No lo sé, ¡no lo sé!

Me empiezo a morder las uñas, pero entonces recuerdo que las llevo recién pintadas de ayer por la noche.

—Joder.

—¿Qué quieres que haga? —repite histérica.

Bufo, enterrando la cara entre las manos.

—No quiero, Martina. No quiero salir ahí.

Ella me mira con una expresión de pánico. No sé si ha entendido lo que quiero decir.

—A ver... Solo tienes que caminar hasta el altar de nuevo, repetir la fórmula completa hasta el final y punto. Y te prometo que a partir de entonces empieza lo divertido. El banquete, la fiesta... Bueno, las fotos son un poco pelmazo, no te lo voy a negar. ¡Pero ya no te queda nada, tonta! Además, piensa en cómo lo tiene que estar pasando Carlos ahora mismo. Va a pensar que te estás planteando cancelar la boda o algo así.



Saco la cabeza de su escondite y la miro con los ojos muy abiertos. Martina lo capta enseguida y se muerde el labio.

—¿Qué pasaría si...? —empiezo, pero ni siquiera sé lo que voy a preguntarle.

El silencio del baño termina la frase por mí.

—¿Estás... segura, Anna? —replica mi hermana—. Oye, es normal tener dudas. Todas las novias las tenemos antes de la boda. Son momentos muy estresantes para los que nadie te prepara. Queremos que salga todo perfecto y...

—Pero es que yo no quiero que salga todo perfecto —le rebato—. Simplemente... no quiero que salga. No puedo volver ahí, Martina. Es como si...

Ella me deja unos instantes para que termine la frase.

—Es como si lo mirara a los ojos y de pronto me diera cuenta de que, a pesar de todo lo que hemos vivido, no siento lo que se supone que debería sentir. No hay mariposas, no hay emoción, no hay nervios de los buenos... Solo hay ganas de desaparecer, de echar marcha atrás, de darme otra oportunidad, de cambiar de aires...

Martina me mira como si estuviera hablando en otro idioma.

—Anna... —Niega con la cabeza—. ¿No será todo esto por lo que pasó con Valeria?

Sí, pero no.

—No —digo, y no miento. Simplemente es uno de los muchos motivos que se han ido sedimentando en mi cabeza en los últimos meses.

Estaba dispuesta a perdonar una infidelidad, incluso con una chica de mi grupo de amigas, solo con que Carlos la admitiera. Pero todas las discusiones, las veces en las que yo le había tenido que pedir perdón aunque no tuviera la culpa..., habían ido dejando mella.

—No me digas que estás pensando otra vez en eso, Anna, por Dios. Creía que ya había quedado claro que no pasó nada

entre ellos dos, que solo estaban en tu casa y ya. ¡Es tu amiga! ¿Cómo iba a hacerte eso? ¿No crees que estás un poco... paranoica?

—Estaban en mi habitación, Martina —recalqué.

—¡Porque Valeria se había tirado una copa de vino por encima y fue al baño a lavarse!

—¿Y quién bebe vino con el novio de su amiga en su casa mientras se supone que estoy trabajando unos días en Londres!? ¿Te tengo que recordar que si los pillé fue porque volví un día antes para darle una sorpresa a Carlos?

Martina resopla, harta de escuchar la misma historia una y otra vez. Se muerde el labio. Seguramente estará pensando en qué habrá hecho mal para tener una hermana como yo.

—¿Qué hago? —le suplico, dejando atrás el tema de Valeria y mi casi marido.

—¿Me lo preguntas a mí? ¿Por qué no lo has dicho antes? ¿Cuánto tiempo llevas pensando en esto?

—¡Nada! ¡Ha sido el momento!

Y no estoy mintiendo.

Mi hermana suspira con resignación.

—¡Te lo prometo! —insisto—. Martina, por favor, ayúdame. No sé qué hacer, pero estoy segura de que no quiero pasar por esto.

Me señalo, con el vestido de novia ensuciándose en el suelo del baño.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cancelamos la boda? Anna, sabes que esto es muy fuerte y que tienes que estar absolutamente segura. ¿Lo estás?

Trago saliva. El estómago me duele tanto que siento que me va a explotar en cualquier momento.

—Sí, lo estoy.

## CAPÍTULO 2



### EL DE LAS AMIGAS DE MIERDA

A partir del tercer día sin salir de mi habitación, pierdo la noción del tiempo. El calor de septiembre sigue agobiándome y muchas veces, al mirar por la ventana, no sé decir si son las doce del mediodía o las seis de la tarde.

Si he estado comiendo de forma más o menos ordenada ha sido gracias a mi hermana, y las únicas interacciones que he tenido han sido las estrictamente necesarias. A veces, espero a que el salón esté vacío para ir al baño y no cruzarme con nadie. No quiero que me vean ni que me hagan preguntas.

Volver al piso alquilado en el que vivíamos Carlos y yo no es una opción, así que decido quedarme en casa de mis padres, en mi antigua habitación, hasta que resuelva qué hacer con mi vida.

El teléfono no ha dejado de sonar desde el sábado. Al principio, espiaba todas las llamadas que respondía mi madre, por si llamaba Carlos. No quería que me localizara, pero al mismo tiempo intentaba saber si quería contactar conmigo. Mi móvil lleva apagado desde la mañana de la boda, así que no le queda otra que llamar o venir a casa. Sin embargo, no ha aparecido por aquí.

Solo he hablado con Lucía un par de veces. Está preocupada por mí, pero intenta no hacer las típicas preguntas que estos días me repite todo el mundo. Que cómo estoy, si me siento

mal, si estoy arrepentida, que qué voy a hacer ahora, si he intentado hablar con él o he ido a verle... Trato de no pensar en ello, pero la misma nube de preguntas me acecha cada vez que me quedo sin pantallas con las que distraerme. En tres días, ya he visto todas las películas de Marvel y de Harry Potter. He tenido que saltar la escena de la boda de Bill y Fleur por motivos obvios.

Aun así, por mucho que lo intento, cada día me pregunto si he tomado una mala decisión. En lo más profundo de mi corazón sé que casarme con Carlos no es lo que quiero. O, por lo menos, así lo sentí en el momento de dar el «sí, quiero». Lo que pasa es que podría haberme dado cuenta antes. Ya no solo por la escena que monté, o por el daño que les habré hecho a él y a su familia, sino también por todo el dinero que hemos tirado a la basura por mi culpa.

A veces me da miedo arrepentirme. Tengo pánico de descubrir que lo mejor para mí habría sido seguir adelante con el matrimonio. Quizá no habría sido la persona más feliz sobre la faz de la Tierra, pero habría ahorrado mucho sufrimiento a todo el mundo... y a mí misma.

Por eso, cuando veo la cara de Lucía aparecer por la puerta de mi habitación, no me enfado con mi madre por haberla dejado pasar sin mi permiso. Verla es justo lo que necesitaba.

—Hola, reina. ¿Cómo estás? —pregunta, recogiendo el pelo oscuro detrás de la oreja.

Me encojo de hombros como respuesta. Creo que mis pintas hablan por sí solas: pijama viejo, un peinado que pide a gritos que me lave el pelo urgentemente y ojeras. A mi alrededor hay un ordenador portátil permanentemente conectado al cargador, botellas de agua vacías y restos de comida de ayer.

Lucía se sienta en el borde de la cama y estudia mi antigua habitación.

—Creo que nunca había venido a esta casa. ¿Estabas aquí todavía cuando empezamos la uni?

—Ajá. —Agradezco que Lucía no saque «el tema» así de primeras—. No me independicé hasta cuarto, y porque mi hermana dejaba su piso, que estaba a muy buen precio, cuando se casó con Gaston.

—¿Su marido se llama Gaston? ¿Es francés?

Asentí.

—Se conocieron cuando Martina se fue de Erasmus a París. Estuvieron dos años en una relación a distancia y, cuando él terminó el máster, se mudó a España. Entonces Martina se fue del piso en el que estaba y me lo dejó a mí. Y ese es el piso que conoces.

—No sabía que tenía toda esa historia.

—Ya ves, a algunas les va bien en el amor —suelto sin pensarlo.

Lucía se mordió el labio.

—¿Has hablado con...? —empieza a preguntarme.

—No.

Nos quedamos las dos en silencio.

—Pero ¿ha intentado ponerse en contacto contigo? Porque no has vuelto al piso, ¿no?

—No estoy segura —reconozco—. Todas las llamadas las coge mi madre y le he pedido que no me pase ninguna de él. Pero he estado escuchando y no me ha parecido que haya llamado. De todas formas, no me preocupa eso...

—¿Y qué te preocupa? Si quieres hablar de ello, claro.

—Pfff, por dónde empiezo. Podría hacer una lista interminable. —Me levanto para cerrar la puerta porque no quiero que nadie más escuche esta conversación. Creo que es la primera vez que abandono mi cama para hacer algo que no sea ir al baño—. Estoy preocupada porque no sé si he tomado la decisión correcta. Carlos es tan buen chico... Lo que quiero decir

es que nunca me ha dado motivos para dejarlo, y mucho menos para plantarlo en el altar, pero es que... Algo dentro de mí me decía que no iba a funcionar. Es como que me siento liberada por haber tomado esa decisión, pero al mismo tiempo me da pánico haber echado a perder la mejor oportunidad de mi vida para ser feliz. Estoy muerta de miedo, Lu. Nunca me había sentido tan segura e insegura al mismo tiempo.

Lucía no parece seguirme.

—Pero ¿tú eras feliz con él?

El hecho de que me pare a pensar en la respuesta es un no.

—Con él estaba contenta. Quedarme con Carlos ha sido siempre la opción fácil, ¿sabes? Lo que mis padres querrían, lo más parecido a lo que tienen mi hermana y las chicas...

—Pero, Anna —me corta con suavidad—, a ti nadie te ha presionado para casarte con él.

—Ya lo sé, ya lo sé —reconozco enseguida—. Si, en realidad, creo que la que me he puesto esa presión he sido yo. Pero es que no te puedes ni imaginar la cara de felicidad que pusieron mis padres cuando les dije que Carlos y yo estábamos pensando en casarnos. ¡Mi madre se echó a llorar! —exclamo. Bajo el tono justo después, para que nadie pueda escucharme—. Mi hermana me miró con una expresión en la cara que nunca había visto. Era como si... estuviera orgullosa de mí, ¿sabes? Y con las chicas por fin tenía algo en común de lo que hablar. De pronto, sentí que encajaba, que todo era más sencillo y que no tenía que luchar contra nada y contra nadie. Solo me tenía que casar... y ya.

Lucía se moja los labios.

—Pero yo no estoy casada... y nadie me dice nada.

—Ya, pero tú estás prometida, que es casi lo mismo. Y, además, con Santi es diferente. Lo conocemos desde el primer día de universidad, como a ti. Es uno más, no sé, es distinto.

Mi amiga no parece entender muy bien a lo que me refiero,

pero yo lo veo muy claro. Santi siempre ha formado parte de nuestro grupo de amigos. Tanto él como Lucía, Valeria, Alba, Daniela y yo nos conocimos en la facultad, junto a otros chicos más, y desde entonces nos habíamos vuelto inseparables. Estudiar Traducción es mucho más difícil de lo que parece y en los malos momentos siempre nos hemos apoyado, aunque a veces hubiera roces dentro del grupo.

—No te preocupes, da igual —digo, intentando quitarle importancia—. Lo hecho, hecho está. Ahora lo único que me preocupa es cómo resolver todo esto. Quiero decir, el piso que tenemos alquilado a medias. ¿Qué hago, rompemos el contrato? ¿Le digo que me lo quedo yo y que se vaya? La verdad, no creo que esté en condiciones de hacer esto último.

—Justo te lo iba a decir. Creo que lo mejor es que hables con él, Anna. No lo evites más.

Suspiro. Mi amiga tiene razón.

—Todavía no estoy preparada —insisto.

—Ya, pero Carlos ahora mismo estará histérico pensando en qué va a ser de él. Piensa que a él no solo lo han plantado en el altar, sino que no puede contactar contigo y debe de sentirse como una mierda sin tener ninguna explicación sobre por qué te fuiste, sobre qué va a pasar con el piso... Igual él ni siquiera está ahí, pensando en que tú puedes haberte refugiado en él, para no molestarte. Quizá él también ha regresado a casa de sus padres o se ha ido a la de algún amigo.

Rompo a llorar en cuanto escucho esas palabras de la boca de mi amiga. No había sido consciente de eso hasta ahora. ¿Cómo he podido ser tan egoísta? Por lo menos podía haberle escrito.

En fin, otra muestra más de lo idiota que puedo llegar a ser a veces. Por si últimamente no lo había probado lo suficiente.

—No, no, Anna, no llores, por favor.

Lucía se acerca corriendo hacia mí.

—No quería que te disgustaras —reconoce.

—Es que tienes toda la razón, por eso lloro, ¿sabes? —Sollozo, con la nariz taponada—. Porque ni siquiera me había parado a pensar en lo del piso y me hace sentir fatal, porque ahora mismo tengo un agujero tremendo en el pecho que no se va. Y sé el daño que le he hecho a Carlos, pero es que... más daño le habría hecho casándome con él y dejándolo después, ¿no?

Lucía no responde, así que lloro en su hombro hasta que recobro la compostura.

—¿Sabes lo que creo que te iría bien? Salir un poco de casa. Me niego en redondo.

—Ni loca, Lu.

—Que sí, de verdad. Escucha, mañana vamos a tomar unas cañas las chicas. Solo nosotras. ¿Por qué no te vienes? Será solo un ratito y, si te sientes incómoda, te puedes marchar cuando quieras.

La proposición de Lucía se quedó en mi mente durante toda la noche. Ayer me fui a dormir pensando en que era una idea horrible, pero esta mañana no lo veo tan mal, por lo que acepto. Aunque, como tengo pánico de encender mi móvil, le pido a Martina el suyo para llamar a Lucía y preguntarle el lugar y la hora. Unas horas después, tras una ducha y cambiarme de ropa varias veces, me siento con ellas en una terraza.

Durante los primeros minutos, nadie saca el tema del momento y me siento bien. Me dedico a observarlas mientras pedimos unas cañas, todas excepto Alba, que está embarazada. Todavía no se le nota la tripa, pero la pelirroja se muere de ganas de poder sacarse la típica foto para anunciar su embarazo en Instagram. Daniela, para variar, se mantiene en silencio, sonriendo con timidez y sin meterse en la conversación. Se muere las uñas constantemente y me dan ganas de hacerlo a mí también, aunque se me estropee la manicura de la boda.



Valeria, por su parte, no calla ni debajo del agua. Está enseñando en su móvil todas las fotos de los muebles que su marido ha estado construyendo durante el verano. Al parecer, este año decidieron invertir el dinero de sus vacaciones en remodelar la que va a ser su próxima casa y prepararla para el bebé que muy pronto estará de camino.

Las miro a todas mientras nos sirven las bebidas. ¿En qué momento nos hemos convertido en esto? Hace unos años éramos unas universitarias estresadas y nuestra única preocupación era aprobar, pasarlo bien y no pensar mucho en el futuro, que pintaba mal para los estudiantes de Traducción. Pero, desde que terminamos, parece que cada año que yo vivo cuenta por tres en la vida de mis amigas. Todas se han ido a vivir con sus parejas, todas menos Lucía ya se han casado, y Alba ya está embarazada. ¿Y qué había hecho yo? Intentar seguir las, porque nunca me he parado a pensar en qué es lo que me gustaría hacer, sino en lo que tendría que hacer con veintiocho años.

—¿Y ya sabes si es chica o chico?

—Tanto María como yo preferimos mantenerlo en secreto, incluso para nosotras mismas. No queremos saberlo hasta que nazca, porque, la verdad, nos da igual. Además, queremos evitar los típicos regalos rosas si es niña o azules si es niño...

—Menuda tontería —dice Valeria—. Pobre criatura.

Alba hace como que no la oye. Todas estamos acostumbradas a la actitud de Valeria. En realidad, nunca hace sus comentarios con malas intenciones. Simplemente no filtra a la hora de hablar y tiene unas ideas un poco antiguas.

—Oye, Anna, he visto que ha venido tu hermano, ¿no? —ataca de nuevo Valeria—. ¿Y si le presentamos a Daniela? Lleva años coladita por él y me he fijado en que le da «me gusta» a todas sus fotos de Instagram. Como se entere su marido...

—¡No es cierto! —intenta defenderse, pero ya es tarde. La

broma de juntar a mi hermano con ella la llevamos arrastrando desde hace años.

—Ahora en serio, tu hermano está buenísimo, Anna —me insiste Valeria—. ¿Es por eso por lo que Raúl está soltero? ¿Para vivir la vida?

Me encojo de hombros.

—La verdad es que no tengo tanta relación con él como con Martina. Se marchó a Madrid en cuanto cumplió los dieciocho y, como ahora está en Los Ángeles con sus movidas de discográficas y eso, no hablamos mucho. De hecho, apenas lo hacemos. Si este año lo llamé por su cumpleaños es porque se me pasó la fecha por completo y al día siguiente me parecía mal mandarle un wasap, así que lo llamé...

—Sí que se ha mazado, sí —añade Alba, repasando sus últimas fotos de Instagram.

—Otra ronda, porfa —le pide Valeria al camarero.

—La mía sin alcohol —insiste Alba.

Intento quejarme, pero ya es tarde. No tengo muchas ganas de quedarme aquí, aunque tampoco me apetece meterme de nuevo en la cama, así que me resigno. Media hora después, Valeria insiste en que nos vayamos a tomar una copa.

—Va, es solo una copita, nada más. ¡Te va a venir muy bien, Anna!

—Yo me voy para casa, chicas, que estoy muerta —dice Alba.

Como está embarazada, nadie la cuestiona, pero a mí me insisten hasta que casi tienen que arrastrarme al bar. Lucía me mira con compasión y asiente con la cabeza, lo que yo interpreto como un «venga, va».

—Bueno... —cedo, aunque si hubiera dicho que no, me habrían llevado igual.

El ambiente del bar me descoloca. Las luces están tan bajas que casi me tropiezo con el escalón de la entrada. En los enor-

mes altavoces suena una canción que nunca he escuchado y las voces de la gente me abruman.

Por suerte, nos sentamos en una mesa que está en una esquina, un poco apartada. Me pido un mojito por ir a lo fácil. No me apetece mirar la carta de cócteles. Lucía se coloca a mi lado y, a pesar de que intento evitarlo, finalmente sale el tema de conversación que todas están esperando, sobre todo Valeria. Estoy segura de que ella lo va a disfrutar de lo lindo.

—Por cierto, Anna, ¿has hablado con Carlos desde el sábado? —Me extraña que sea Daniela quien me haga la pregunta.

Solo con escuchar su nombre, mis hombros se ponen en tensión. Además, me doy cuenta de que Daniela ha evitado por todos los medios utilizar la palabra prohibida: boda.

—No.

Cruzo los dedos para que no haya más preguntas, pero ya es tarde.

—Es que..., bueno, esta mañana me he encontrado a su madre en la frutería. No sé si quieres que te hable de ello o no, es que he pensado que... querrías saberlo.

Por un momento, deseo que mi boca diga que no, que prefiero vivir en la ignorancia. Pero me quedo en silencio y asiento.

—Pues nada, la madre estaba destrozada, pero en su línea. Diciendo que cómo le han podido hacer eso a su hijo. Que se siente avergonzada del plantón en el altar. Y que Carlos ha debido de estar bastante mal.

—¡Sí, ya! ¡Ja! —exclama Valeria, cortando a Daniela—. Menudo imbécil mentiroso.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Nada, nada —se escabulle—. No sé por qué he...

Es demasiado tarde para rectificar. Miro a Lucía. Su cara de pánico me confirma que ha pasado algo. Me giro de nuevo hacia mi amiga.

—¿Qué ha sucedido con Carlos? ¿Qué es lo que te ha dicho su madre?

—No, nada más. Solo me ha dicho eso, te lo prometo.

Daniela da un sorbo de su ron cola, intentando desviar la conversación, pero ya me he dado cuenta de que me ocultan algo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto de nuevo. Me giro hacia mi mejor amiga dentro del grupo como última baza—. ¿Lucía?

Ella lanza una mirada asesina a Valeria y se inclina en el asiento.

—No queríamos decírtelo todavía, pero bueno... Ayer Carlos salió de fiesta, no sabemos por dónde. Lo puso todo en sus historias de Instagram.

—Vale. ¿Y qué pasa? —Intento adivinar qué es lo que me están ocultando, pero no veo nada de malo en eso. Es más, me alegro de que haya salido porque me hace sentir un poquito menos culpable.

—Pues que se puso bastante mal. Por lo que vimos, cogió un pedo importante y... y subió un par de fotos en las que se le ve...

Espero a que Lucía termine la frase.

—Digamos que... besándose con una chica. Que no sabemos quién es.

Me quedo de piedra. Mi cerebro tarda varios segundos en procesar lo que acabo de escuchar.

—¿Estáis seguras de que...?

No puedo terminar la pregunta, pero ellas asienten, mirándome con cara de pena.

Otra vez esa expresión. Es como si me persiguiera. Ahora entiendo el despecho de Valeria cuando Daniela ha sacado el tema. Todo encaja en mi cabeza: Carlos me ponía los cuernos con Valeria, pero al parecer ella no era la única chica que tenía por ahí, pululando. Joder. No sé si estoy más aliviada por que

mi teoría se haya demostrado o más histérica de lo que ya estaba hace un minuto.

—Y eso no es todo. Bueno, sí, pero el caso es que las historias las subió hacia las tres de la mañana o así, pero luego a las once ya no estaban disponibles —explica Lucía—. Es decir, yo creo que las subió sin saber ni cómo se llamaba por todo lo que habría bebido, y luego al despertarse se dio cuenta e intentó borrarlo para que no lo viera mucha gente. Pero a mí me dio tiempo.

—Y a mí —reconoce Valeria.

Las tres miramos a Daniela, que asiente.

—Vale —medito—. Pues... da igual, no me voy a rayar.

La música se cuele en nuestro silencio. Doy un sorbo de mi bebida, que está más cargada de lo que me gustaría.

—Pero ¿sabéis qué es lo que más me jode? —grito en la calle, dos mojitos y un chupito de tequila más tarde. Lucía ya se ha marchado a casa y solo quedamos Daniela, Valeria y yo—. Que ni siquiera nos hemos enterado de esto porque se le veía de fondo en la foto de otra persona o algo así. ¡Ha sido él! Él quería restregarme por la cara que puede tener a quien quiera.

—Chicas, yo me marchó ya, nos vemos —se despide Daniela en mitad de mi rabieta.

—¿Quién se cree que es? Además, ¡todavía seguimos juntos! O sea, sí, me he rajado en el altar, pero... ¿en qué momento hemos cortado? ¡Es que literalmente me ha puesto los cuernos! Y ahora todo el mundo lo ha visto. ¿O me vas a negar que Carlos y tú tuvisteis algo el día que os pillé?

Espero una respuesta por parte de Valeria. Sin embargo, lo único que obtengo a cambio es su silencio. La miro llena de rabia mientras ella se muerde el labio, como un niño pequeño cuando lo pillan haciendo una travesura.

Estoy tan enfurecida que ya nada ni nadie me puede hacer callar esta acusación que llevo tantos días guardando como una idiota. Haciéndome la tonta y disimulando que no sé nada de

lo que está pasando, aunque Martina diga que son paranoias mías.

—Bueno, también todo el mundo se ha enterado de que lo has plantado. Delante de toda su familia, amigos... O sea, que tampoco vayas de víctima —suelta Valeria—. ¿Sabes la cara que se le quedó a Carlos cuando te fuiste? ¿Y a su hermano? ¿Y a mí? Me gasté ciento cuarenta euros en mi vestido y cien en tu regalo, guapa. Me he tenido que pedir vacaciones, he pasado días organizando unas actuaciones para después del banquete... ¡Hasta he viajado desde Madrid, que los trenes están carísimos! Podías haberlo pensado dos veces antes de cancelar la boda. Él se habrá besado con otra, pero por lo menos no te ha dejado en ridículo delante de todo el mundo.

Las palabras de Valeria me duelen como cuchillos. En parte, porque en algunas cosas tiene razón. Pero también se ha pasado.

Ya solo quedamos ella y yo en la calle y el bus nocturno que la lleva a su casa está a punto de pasar. A lo lejos, ya se ven los faros.

—Tía, perdona, no quería sonar así de borde —se atreve a decir Valeria, después del veneno que ha soltado—. No quiero que nos enfademos y menos por un hombre. ¿Sabes lo que pasa? Que hay relaciones que están destinadas a fracasar, como la tuya con Carlos, y punto. Está escrito y no pasa nada. Si es que estaba claro desde el principio que lo vuestro no iba a funcionar, Anna. De hecho, fue lo primero que pensé en cuanto vi que empezabais a salir... Cariño, es lo que pasa cuando eres aries y te vas con un libra.

El bus frena justo a nuestra altura y se abren las puertas. Sin decir nada más, Valeria se sube, dejándome sola en mitad de la calle.

Intento concentrarme para volver a casa, pero la rabia me ciega. No puedo evitar imaginarme a Carlos besándose con

una desconocida pocos días después de la no boda. Ya había tenido que lidiar con ello una vez y no estaba dispuesta a que hubiera una segunda. ¿Quién sería? ¿La conocería? ¿Sabría lo que acababa de pasar en la vida de Carlos? Ojalá Lucía estuviera ahora conmigo para poder desahogarme.

Sin embargo, aquí no hay nadie más que yo y mis pensamientos. Y una frase que, a cada paso que doy, se repite en mi mente como un martilleo constante.

«Es lo que pasa cuando eres aries y te vas con un libra».